

UNA OBRA DESCONOCIDA DE ALONSO BERRUGUETE

De Berruguete, y casi desconocida, puede reputarse la obra de cuya existencia queremos traer noticia, siquiera sea breve. Se trata de un San Jerónimo, en madera, policromada, de tamaño menor que el natural que se conserva en la iglesia parroquial de Santa María la Real de Nieva, en la provincia de Segovia.

Recientemente nos hemos enfrentado con esta obra por primera vez, inesperadamente, en una de nuestras salidas de Seminario.

Ni en obras de conjunto, ni aun en los más detallados inventarios de la labor berruguetesca, aparece mencionada esta escultura, aislada, sí, pero positivamente valiosa y de no escaso interés.

Que sea atribuible a la gubia, o en el peor caso, a la directísima inspiración del escultor de Paredes de Nava, es algo que se impone con muy ligeras dudas al más somero examen. Hay en ella categoría de obra grande, calidades de buena ley, y un brío y una espiritualidad sobre todo, del que Berruguete asume la exclusiva.

Nos hallamos lejos aún —y tal vez estemos condenados a ello definitivamente— de poseer ni con aproximado detalle la lista de las obras que hubieron de salir de las manos y del taller —laboriosísimo— de Berruguete. La parquedad de informes de que se dispone sobre la personalidad artística y humana del escultor, no lo es menos en lo que a su producción se refiere. Apenas sobre unas cuantas obras suyas sabemos algo, precisamente sobre las que por su mayor envergadura podían atraer más vivamente el comentario del crítico y el mayor asombro del contemporáneo, y que son las que tradicional y comunmente se le conocen. Pero nada, sin embargo, o poco, sobre la otra labor, la menuda, la del santo aislado y el grupo modesto, que a buen seguro reclamarían iglesias rurales y entidades humildes, del escultor consagrado por las clases selectas y aureolado por los generales elogios.

Una vida como la de Berruguete, del dinamismo que dejan traslucir sus rasgos conocidos, y un taller como el suyo, montado

tan a lo grande en medios y elementos de trabajo, no podían lógicamente llenarse con las obras actualmente conocidas, siquiera sean de la importancia que son. Hay, pues, que dejar margen en sus cuarenta años largos y aprovechados de ininterrumpida actividad escultórica para otra actividad más escondida (que hay que sospechar esperanzadamente no del todo perdida), con obras de categoría diversa, salida o de sus manos o de su taller, con el sello de una personalidad difícilmente confundible.

Ciertamente Berruguete no debió ser nunca entre sus contemporáneos un escultor popular; alardeaban sus esculturas de unos arranques y de una libertad a las que no estaba acostumbrada una sensibilidad media, trabajada entonces y siempre por caminos y con recursos más razonables y más asequibles. Pero, de todos modos, Berruguete fué desde los comienzos de su carrera el artista solicitado por las clases que por su posición y cultura estaban en situación de marcar ejemplo y esto había de acabar por abrirle en todos los campos sociales las más amplias posibilidades de trabajo.

El pueblo, la clase media, tal vez no llegase a comprenderle nunca, pero acabó por admirarle y esto habría de traducirse en obras que, al crecer en número, no siempre podría él atender, pero sí inspirar y sugerir a sus ayudantes. Junto a las grandes obras, a las señeras y representativas, saldrían en buen número del taller de Berruguete obras de menores alcances, entre las que habría, junto a la producida con complacencia de artista que se recrea en ella, las, en mayoría, producidas casi en serie. Todo ello, o al menos en su gran parte, fué desapareciendo luego de su sitio, o maltratado como tantas cosas, o menospreciado una vez extinguida la dictadura que mantuvo Berruguete durante medio siglo sobre la escultura española. Aquellos santos descarnados y «feos» no se avenían, y siguen y seguirán sin avenirse, con el gusto que normalmente se satisface con una belleza de percepción más sencilla y sobre todo más externa. Berruguete siguió siendo el escultor de minorías, cuyo arte, como sus santos, impresionan sin resistir el análisis ni el razonamiento en la mayoría de los casos.

El San Jerónimo de Santa María de Nieva es sin duda una más de esas obras salidas del taller berruguetesco sin filiación especial. Sus limitadas pretensiones y su reclusión en lugar apartado la mantuvieron en un anónimo ajeno al comentario del crítico coetáneo y del posterior. Esperando como otras tantas, buenas y regulares, que una labor de investigación amorosa y continuada las vaya sacando a

la luz y rescatándolas para el lugar que en nuestra Historia artística las corresponde.

Documentalmente nada podemos aportar sobre la obra que comentamos. Sólo lo que ella misma proclama en su arte y estilo habrá de servirnos para la atribución que, con escaso margen de duda, proponemos, ya que ella es de por sí lo suficientemente elocuente como para que la llamada a Berruguete se haga insistente y exclusiva.

El San Jerónimo, personaje de enjuta vejez, aparece representado con todos sus atributos característicos. Toda la figura reposa en realidad sobre el león (convencional de tamaño y de todo), ya que la pierna izquierda apenas toca al suelo y el árbol no tiene otra misión que sostener el libro de rezos y dar lugar a que el brazo de ese lado tenga natural salida en actitud leve de posar al margen de una calavera allí colocada. La mano derecha, crispada en actitud dolorosa, sujeta contra el pecho la piedra, como en un alto en su tarea mortificadora, de cuyo fervor e intensidad anímica, da idea la expresión dolorosa que exhala toda la figura. Toda ella encerrada en sus propios pensamientos, resulta de un dramatismo hondo y sentido, que aunque agudizado en intensidad, no deja de ser humano y conmovedor.

La comparación que desde luego se impone entre esta escultura y el otro San Jerónimo más conocido de Berruguete (el del Museo de Valladolid) no perjudica ni mucho menos a este de Nieva. Aquél tal vez le supere en genialidad y en arranques desusados, pero éste, en punto a ejecución sincera y a mayor verdad artística, está sin duda por delante. El del Museo es la obra sublime de un espíritu artista con impulso de recio aliento; el de Nieva, producto de un escultor que conoce su oficio y que posee una gubia segura y sabia al servicio de una concepción de altos vuelos.

Y ambas obras de la primera madurez del escultor. Muy por la época en que el retablo de San Benito, o acaso algo, poco, más tarde, saldría también este San Jerónimo del taller de Berruguete. En todo caso es obra hecha con cierta complacencia e intenciones de perfección.

En época de luchas y vacilaciones religiosas, de erasmismos y choques de ideas, Berruguete, tal vez rumiando por dentro su problema, había plantado con su escultura el grito desgarrado de una espiritualidad estridente y angustiada que trata de cegar su virus de reflexión con impulsos irrazonables y supraanímicos. Su obra, agitada por un fuego de impulsos trascendentes, aspira a repre-

sentar, más que la vida común, la de su propio espíritu aquejado de mal de eternidad. Ante una empresa de tal magnitud la belleza externa es lo de menos, si no sirve para expresar y conmover, y la técnica, sobria e indispensable, sólo tendrá como misión plasmar unos sentimientos muy simples, pero muy agudos, que no son sino las reacciones de su propia alma.

Hay, sin embargo, los naturales matices en la labor del artista que sabe plegarse a las circunstancias. Una obra como este San Jerónimo, ejecutada para ser exhibida aisladamente, habría de exigir cuidados de composición y de detalle de los que el artista se preocupó de dotarla; su teatralidad de actitud, su efectismo de líneas y su ejecución más esmerada de lo habitual están denotando preocupación por frenar una exaltación habitual situándola en el terreno de lo más llano y asequible. Obra más rica en perfecciones que en arranques. De hecho el San Jerónimo de Nieva, aunque no exento de ligerezas, destaca en esmeros de ejecución no siempre prodigados por el artista, situándose en méritos varios como jalón importante en la producción berruguetesca. Convencionalismos que no faltan, como esa pierna doblada sobre un león absurdo para disimular un apoyo que la actitud total del cuerpo no da como verdadero, se perdonan fácilmente en gracia a otros aciertos de primera fila. El nervudo cuerpo, de carnes escasas y enjutas, está ejecutado con verdadero acierto; la anatomía, conocida en sus menores detalles, está respetada (cosa no común en Berruguete) con bastante fidelidad y manejada con habilidad maestra para resaltar actitudes y sentimientos. Tal carácter tienen, por ejemplo, esos tendones de manos y pies contraídos violentamente en vibración intensa, esas piernas ejecutadas con perfección detallista y ese tórax y hombro perfectamente acabados.

La cabeza angulosa, barbada y casi llorona, es admirable de expresión y de vida honda. Un San Jerónimo a quien se ve sufrir y se comprende aunque no le falte ese dejo de amargura íntima e inconsolable que es el más típico legado de su artífice material.

En policromía, la típica de Berruguete. Paños de un tono oscuro, animados con finos dibujos en oro mediante esgrafiado, oros abundantes donde es permitido —el león— y colores vivos en las carnaciones.

J. PÉREZ VILLANUEVA



LÁMINA I.—Berruguete.—San Jerónimo (Sta. María de Nieva).

(Fot. del S. E. A. A.)



LÁMINA II.—Berruguete.—San Jerónimo (detalle).

(Foto del S. E. A. A.)



LÁMINA III.—Berruguete.—San Jerónimo (detalle).

(Foto del S. E. A. A.)